

Habíamos previsto salir a las cinco de la tarde, pero eran casi las seis y seguíamos paradas en la acera frente al portal donde vive mi madre. Ella llevaba un buen rato inquieta, sentada en el asiento del copiloto con el cinturón de seguridad abrochado. Mi hermana Eva había decidido a última hora ir a comprar algo de comida para el viaje. Sabrina entró, poco después de mí, dando un portazo y se sentó a mi lado en la parte trasera. Luego se quitó la chancla del pie izquierdo y observó la marca que le había dejado en el empeine. Con cara hastiada, pulsó el botón del elevalunas y entró una vaharada sofocante. Al estar el motor parado, el frío del aire acondicionado empezaba a desaparecer. Fuera, toda Barcelona estaba pegajosa a causa del calor.

Mi sobrina se había enfadado con su madre porque no le daba permiso para asistir a una fiesta universitaria que se celebraba a la vuelta de nuestro viaje. Tan sólo tenía dieciséis años, pero había sido invitada por una amiga suya a la que mi hermana Eva llamaba ‘la guapa oficial de la clase’, y que solía ir con chicas mayores que ella. Por un momento, pensé en decirle a Sabrina que yo nunca me sentí cómoda en esa clase de fiestas. Había asistido sobre todo a las frequentadas por estudiantes de humanidades, filosofía o historia. Aquellas juergas estaban pobladas de tipos extrovertidos y revolucionarios que escuchaban música y veían películas sofisticadas, y que hablaban de cambiar el mundo con tanta agitación que mi tono de voz, que siempre fue más bajo de lo normal, no les llegaba. Pero, aun así, por muy patosa social que resultaras, siempre acababas interesándole a alguien. Supongo que ese era el miedo que tenía mi hermana, ya que Sabrina seguía siendo para muchas cosas una niña.

—Eres demasiado joven para decidir lo que haces —le dije sin saber muy bien con qué intención, puesto que solía ser su cómplice en la relación desigual entre madre e hija.

Ella puso los ojos en blanco. Yo había dejado de fumar hacia poco, y en aquel momento me apeteció un cigarrillo. Fue entonces cuando mi hermana Eva entró en el vehículo y dejó una bolsa del supermercado sobre el salpicadero.

—En realidad, nunca te lo pasas tan bien en esas fiestas —añadí intentando confraternizar de nuevo con ella.

—Mamá, ¿qué has comprado? —le preguntó Sabrina.

—No gran cosa. A la hora de cenar pararemos en un área de servicio. Aunque no sé si podrás salir con esas pintas... —contestó Eva.

Sabrina llevaba puesta la parte superior de un pijama. Una camiseta rosa de manga corta con un estampado de ovejas en la que se leía *This girl loves sleep*. Desde el divorcio de sus padres, padecía de dermatitis de contacto y cualquier roce con algo sintético le enrojecía la piel.

—Déjala, nadie diría que eso es un pijama y no le picará.
—Se volvió hacia atrás mi madre, y la miró con ternura.

—¿Te gusta, abuela?

—Estás preciosa —le contestó de forma escueta, y añadió—: ¿Salimos ya?

Mi madre no había sido nunca muy dada a halagar hasta que se convirtió en abuela al nacer Sabrina. Agasajaba tan fraccionadamente como Pablo, que cuando me decía con más ganas lo guapa que estaba era al verme llorar a lágrima viva, hecho que muchas veces coincidía con algún desencuentro entre nosotros. Sobre todo al principio de nuestra relación, porque con los años una se curte en enfrentar los conflictos que se dan en una pareja.

Antes de entrar en el coche, había visto en el móvil una llamada perdida suya. Habíamos discutido la noche anterior y, a primera hora, mientras acababa de guardar en la maleta las últimas prendas que iba a necesitar, Pablo me soltó

el discurso que menos deseaba oír. Como si todo fuese una invención mía para sacudir los cimientos de nuestra enraizada rutina. Aquella mañana, cuando me maquillaba con el delineador de ojos intentando no pestañear, me dijo aquello de buscar la tranquilidad en el viaje, de lo estimulante que podía ser una vuelta al hogar con otro punto de vista. Como si fuese cierto que en los viajes hay un antes y un después. Después, se fue a trabajar y yo me despedí de él esquivando cualquier gesto de reconciliación. A fin de cuentas, ya hacía tiempo que todo en nuestra relación estaba cambiando.

Una noche, antes de dormir, estando tumbados ya en la cama, le comenté a Pablo que había dejado de tomar la píldora anticonceptiva. Él se quedó en silencio, y cuando deslizó las manos por mis muslos hasta separarme las piernas y atraerme hacia él con gran delicadeza, me pareció que se comportaba diferente, que su piel sudorosa y sus jadeos albergaban el nebuloso deseo de dejarme embarazada. Al terminar, hablamos de dónde había ido de vacaciones su compañero de oficina, de lo antipática que era la cajera del supermercado que había debajo de casa, de cosas que realmente no importaban. Me abrazó por la espalda y sentí su cálido aliento en la nuca. Le dije que sería un padre fantástico, pero él me dio las buenas noches y pronunció sólo dos palabras: mañana madrugo.

De repente, Anabel, la vecina de mi madre que vivía puerta con puerta desde hacía años, dio unos pequeños golpes con los nudillos en el cristal de la ventanilla.

—¿Ya te vas, Blanca? ¡Que tengáis buen viaje! — gritó, y nos lanzó un beso al aire.

Todas dijimos adiós con la mano.

—¿Y qué hay en esa bolsa? —le pregunté a Eva.

—Marina, ¿ya tienes hambre? Nueces, chocolate y algo de fruta —respondió mientras arrancaba el motor y

mi madre suspiraba porque ya nos movíamos del aparcamiento.

Sabrina me miró fijamente a los ojos y las dos sonreímos. Para mi hermana comprar comida y llevarla a cuestas es una especie de ritual al que nos somete a todas. Incluso en su juventud. Hasta en el entierro de papá, mientras el sacerdote ofrecía la misa, sacó una pequeña chocalatina del fondo de su cartera escolar y disimuladamente me abrió la mano, que tenía apoyada sobre el banco de la capilla, para que la cogiese y me la comiese más tarde.

Cuando yo era pequeña, atravesar la península en un coche cargado de maletas y sin aire acondicionado tenía su encanto. Era una porción más de la tarta. En circunstancias normales, aún podría parecerme una andanza entrañable, pero, en aquel momento, como yo no estaba en mi mejor etapa con Pablo, la idea de pasar más de diez horas de viaje recluida con mi madre, mi hermana y mi sobrina se me hacía cuesta arriba. Hasta llegar a Logroño, donde pasaríamos la noche en un hotel de las afueras, no podría estar un rato sola. Aunque para mi madre y mi hermana seguramente era difícil de creer, cada una de nosotras existía con total independencia de las demás. Éramos un archipiélago familiar en el que, sin embargo, siempre nos habíamos encontrado a salvo.

Hacía una semana que habíamos recogido los mapas y documentos catastrales de la oficina de correos. Mi abuelo había muerto hacía más de quince años, pero la repartición de las fincas había sido un proceso largo envuelto de un cierto halo oscuro y hediondo, como la maleza y los hongos que crecían a sus anchas por aquellos parajes donde se cruzan los arroyos. Los secretos no comparten la misma naturaleza que las mentiras, pueden aguantar bajo tierra y no siempre ven la luz.

Durante nuestra estancia en Sarria, la ciudad más próxima a la aldea, nos íbamos a alojar en casa de mi tía Melisa, que también vivía en Barcelona, pero había comprado llí una casa cuando mis primos eran pequeños y pasaban los veranos en Galicia.

Melisa no quería vender las parcelas que le habían tocado en el reparto de la herencia. No volvería a sembrar nada en ellas, ni a arrancar las malas hierbas o juntar haces de leña, pero aun así las quería conservar. Eran suyas. Las sentía como una extensión de ella misma.

Nosotras, en cambio, nos proponíamos visitar la aldea, caminar por los eriales y fotografiar las parcelas que pertenecían a mi madre. Quizá por última vez. Blanca tenía la intención de venderlas, aunque no iba a ser fácil, porque en aquel lugar que nos esperaba al final del trayecto el futuro pasaba de largo.

—Entonces, abuela, ¿en Sarria hay algún centro comercial para mirar vestidos para la fiesta?

—Para eso tendremos que ir a Lugo —contestó mi madre.

—Pero Sabri, ¡déjalo estar! —gritó Eva—. No irás a ninguna fiesta. Si aún celebras los cumpleaños con platos y vasos de plástico. —Y le lanzó una mirada poco amable a través del retrovisor.

—¡De plástico no, mamá! ¡De plástico no! —saltó Sabrina rápidamente, y repitió de manera atropellada frases del discurso que la activista Greta Thumberg hizo en tono desafiante ante la ONU—: *How dare you? We are in the beginning of a mass extinction. How dare you, mum!*

A continuación, se rascó el brazo de forma impulsiva, se colocó con rabia unos grandes auriculares rojos y empezó a escuchar música a todo trapo. De aquí a un rato se le pasará, pensé. En eso se parecía mucho a su madre, tan

pronto como ardían se convertían en pavesas que deberían ir extinguiéndose poco a poco.

—Ahora también se ha comprometido con el movimiento ecologista. El feminismo se ha quedado pequeño — dijo Eva.

En realidad, no tenía nada de malo encadenar una lucha con otra. Seguramente Sabrina aún desconocía que, a lo largo de su vida, el combate más importante lo iba a librar consigo misma.

Los rayos de sol todavía deslumbraban. Atravesaban las ramas de los árboles de las aceras, y se colaban por encima de los edificios bajos y los muros de los solares del barrio donde había pasado mi niñez. En verano, a esa hora de la tarde, los bancos de los parques estaban vacíos. No había nadie en las calles.

Tres horas después, Eva giró bruscamente para entrar en el área de servicio de la autopista que cruza Los Monegros. Mi madre, que había estado cabeceando los últimos kilómetros, puso de golpe las dos manos sobre la guantera y Sabrina se cogió al agarramanos de la ventanilla, muy sorprendida porque mi hermana no solía conducir con sobresaltos. Continuó en línea recta un buen tramo, y después tuvo que dar media vuelta, ya que se había equivocado de desvío y habíamos ido a parar a un camino de grava. No había tomado la dirección correcta para llegar al área de servicio. Por un momento, aquella perspectiva de piedras y luces, que habíamos ido dejando atrás, me trajo el recuerdo de cuando era niña y solía ponerme de rodillas en el asiento para contemplar por el cristal trasero todo aquello que se alejaba. Mirar el camino recorrido como quien salda cuentas con el pasado.

Eran alrededor de las nueve y el viento agitaba el cartel que anunciaba la entrada al self-service. El aire estaba caliente, pero ya olía distinto al de Barcelona. Anochecía,

y empezaban a no distinguirse las montañas, ni los campos áridos, pero el sonido de los grillos llegaba con nitidez a pesar del ruido de los camiones que circulaban a gran velocidad por la carretera. Cuando salimos del coche, mi madre caminaba despacio. Lo habitual en ella era el paso ligero, siempre iba con prisas a todas partes. Pensé que quizás, durante aquel viaje, se resistiría a rememorar por qué se había marchado de la aldea donde había nacido. Blanca nunca utilizaba el pose-sivo para hablar de sus tierras, parecía proceder de un mundo babélico, de un ambiente rural de ubres abandonadas y de una Barcelona obrera, con olores textiles y faldas por debajo de la rodilla. Nosotras, por nuestro lado, no teníamos nada que hacer salvo acompañarla. Sabrina, con los auriculares colgados del cuello, arrastraba los pies junto a ella, vencida por la incapacidad de poder convencer a su madre de que la dejase ir a la fiesta.

En la puerta de la cafetería habían dejado atado a un *border collie* que miraba con lástima a todo aquel que entraba en el establecimiento. Sabrina se acercó a él, le acarició la cabeza y retrocedió unos pasos para sacarle una foto con la cámara del móvil y enviársela a su padre. Había estado un tiempo sin dirigirle la palabra después de enterarse de que se citaba con mujeres que conocía por internet. La mayoría de ellas no le duraban más de dos o tres meses. Sabrina últimamente le insistía en que tenía que comprarse un perro.

En el interior de la cafetería el aire acondicionado te dejaba la piel de gallina de la cabeza a los pies. En un televisor sin volumen, la mujer del tiempo anunciaba sol en toda la península excepto lluvias persistentes en el noroeste. Pedimos unos cafés, y una Coca-Cola para Sabrina. Al sentarnos, a ella le entró hambre y fue hasta la nevera de los sándwiches.

—¿Conduces tú hasta Logroño? —me preguntó Eva.

Bostezó mientras se echaba el azúcar en la taza.

—Sí, no te preocupes. Descansa.

—Aprovecharé para leer las descripciones de las parcelas. Habrá lindes difíciles de encontrar.

—¿Vas a mirarlo ahora?

—Sí, claro. Hay que hacerlo.

—Ya lo revisaremos mañana en el hotel —dijo mi madre.

Siempre me había gustado ser la antagonista de mi hermana. Ella quiso casarse y yo no, ella quiso quedarse a vivir en el barrio y yo no, ella era metódica y precavida y yo no.

—No puedes vivir siempre como si te faltasen horas —le dije.

En aquel momento, Sabrina se sentó y le pegó un mordisco a un sándwich de pollo. Se inclinó para mirar el café de su abuela.

—¿Sabías que si mezclas muchos colores siempre acaba apareciendo el marrón? —le comentó.

—Me faltan horas porque me he quedado sola —dijo Eva frunciendo el ceño.

—¿Te gusta el color marrón? —le preguntó mi madre a Sabrina. Seguramente pretendía distraerla de nuestra conversación, pero no funcionó.

—No estás sola, mamá —dijo Sabrina—. ¿Es que yo no soy nadie? Además, cuando papá vivía en casa decías lo mismo. Siempre sola, sola, sola.

En general no hablábamos de Julián, de modo que, cada vez que Sabrina nombraba a su padre, tenía el mismo efecto entre nosotras que hacerle el boca a boca a un muerto.

En otras circunstancias, mi hermana habría seguido defendiendo la idea de que era una madre divorciada sin tiempo para ella, e incluso habría pretendido que mamá la escudase en sus argumentos, como el actor que rompe la cuarta pared y habla directamente al público: “¿Lo habéis oído? Es eso lo que quieren decirme, que siempre me

presento como víctima, ¿verdad?”. Pero no dijo nada más, nos quedaban todavía ocho horas de viaje por delante.

—Aquí ninguna está sola —concluyó mi madre.

Tan pronto acabamos los cafés, regresamos al coche.

Esta vez Blanca se sentó en el asiento de atrás junto a Sabrina. La nieta apoyó la cabeza en su hombro y la agarró de la mano, grande y nervuda, con la suya aún de niña, blanca, fina y con las uñas pintadas de un azul metálico ya desgastado. Yo estaba convencida de que mi madre aún podía ver en aquellas manos los puños del bebé con el olor dulzón a leche que tanto besó. Y eso a pesar de que un par de semanas atrás, una tarde que mi hermana había subido al tejado a tender las sábanas, la había pescado fumando con su amiga Georgina, como Uma Thurman en *Pulp Fiction*. Adaptando ambas poses de seductoras, se pasaban el cigarrillo la una a la otra, calada tras calada, mientras sorbían por una pajita un batido de cacao de marca blanca del supermercado.

En aquel momento me vino a la cabeza la canción que mi madre le solía cantar de pequeña a su nieta: *Tiene la Tarara un vestido verde, lleno de volantes y de cascabeles, la Tarara, sí, la Tarara, no, la Tarara, niña, que la he visto yo...* Como un jilguero que recupera la voz en primavera, así nos resultó nuestra madre cuando se convirtió en abuela. Si nos cantó a mi hermana y a mí cuando éramos niñas, ambas lo habíamos olvidado. Con Sabrina en sus brazos, una y otra vez resonaba la misma canción afinada con unos aires torpes del sur que se le habían pegado quizás durante sus primeros años en Barcelona, cuando compartió un pequeño estudio en la calle San Joaquín con una andaluza llamada Carmen. Una casa diferente, otra vida, aunque Blanca continuase guisando grelos, berzas y garbanzos. Ella había sido

la última en nacer de tres hermanas. Valeria, que no salió jamás de la aldea, Melisa y mi madre, que fue la primera en irse.

De repente, me incomodó el silencio de la noche y tuve ganas de cantar en voz alta *luce la Tarara su cola de seda entre las retamas y la yerbabuena...*, de que las cuatro entonásemos la letra, como si protagonizásemos un musical, como si se tratara de un himno familiar, mientras el coche se movía a más de cien kilómetros por hora. Pero mi hermana y mi madre respiraban profundamente, dormían, y Sabrina escribía con sus dedos ágiles mensajes en el móvil, bostezando a cada rato.

Apagué el aire acondicionado y bajé la ventanilla para dejar salir a una mosca que aleteaba de un lado a otro chocando con los cristales. Quizá sólo por entretenérme con algo, me puse a prueba intentando imaginarme una vida sin Pablo. Por un momento me gustó la idea, y me vi a mí misma como una intrusa dentro de mi cabeza.

Había suficiente carburante en el depósito del Seat Ibiza como para no llenarlo hasta llegar a Logroño. Sabrina se había quedado dormida con los enormes auriculares de diadema puestos y la música encendida. El silencio se hizo más soportable y me concentré en la carretera. Viajar de noche es transitar sin paisajes.

En los últimos veinte años mi madre tan sólo había regresado a la aldea en dos ocasiones: para el entierro del abuelo, su padre, y para la boda de una sobrina. La primera vez que se habló del viaje a Galicia para vender las parcelas fue en la última nochebuena en casa de mamá. En aquella misma cena sucedió algo que originó la primera discusión entre Pablo y yo sobre ser padres. Las cenas en familia pueden convertirse en un género teatral más, independiente del drama y de la comedia. Fue Eva quien zarandeó la caja

de los truenos. Sentado junto a ella aún estaba Julián, perfumado en exceso y vestido, como era habitual en él, con ropa de verano en invierno. Una camisa azul de cuello clásico y manga corta. ¿Cuándo os vais a animar a ser papás?, preguntó Eva mientras se llevaba a la boca un canapé de salmón. Aunque en aquel momento pensé que salíamos bien del paso argumentando ‘ahora no es el momento, demasiado trabajo’, la pregunta hecha en público se me hizo más extraña de lo que hubiese imaginado, y eso se me debió de notar en la cara porque mi hermana, como un ángel anunciador, dejó caer un ‘uy’.

Pero la conversación real tuvo lugar más tarde, en el trayecto de regreso a casa en coche. Conducía Pablo. Al principio adoptó esa actitud que a mí me pone tan nerviosa, como si él únicamente tuviese la obligación de escuchar y no tanto de intervenir. Todo fue más o menos fluido, desfilaron deseos y razones sin tropezar por la pasarela. Pero siempre hay un momento en una discusión en que la buena educación empieza a tambalearse, y aquello ocurrió cuando Pablo explicó la historia estúpida de la vecina. Me recriminó que aquella mujer se enterase antes que él de que yo estuviera pensando en ser madre. ¡Qué cojones dices!, le grité mientras él giraba el volante de una forma un tanto brusca. Según Pablo, una mañana en que coincidieron en el ascensor, ella con su bebé sujetó contra el pecho, le dijo que se alegraba de que fuésemos a buscar el primero. Yo le aseguré, algo irritada, más por elegirla a ella como excusa de nuestra disputa que no por el argumento en sí, que yo no le había contado nada. Él continuó insistiendo en el tema y llegó a decir que quizá la vecina pensara aquello por cómo yo miraba a su criatura, con antojo. ¡Pero si apenas le he visto la cara a ese niño!, chillé.

Después de sacar a colación aquel absurdo asunto, Pablo comentó que nosotros, a pesar de llevar muchos años juntos, seguíamos disfrutando del sexo, y que no era lo mismo follar por placer que en busca del embarazo, lo que

implicaba contar períodos, hacerlo en posturas especiales, comer cúrcuma y tomar ácido fólico, o acabar en la cama con las piernas en alto durante treinta minutos.

Al final, dejó de hablar y fijó la mirada en la calle con los ojos entrecerrados. Yo apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y observé la iluminaria navideña, suspendida de balcones y farolas. Una ciudad convertida en un enjambre de guirnaldas, estrellas, regalos, renos y Reyes Magos de múltiples formas, todo ello formado por cientos de bombillas de colores que pretenden irradiar felicidad con ese aparecer y desaparecer infantil de la luz.

En un visto y no visto llegamos a casa. Antes de bajarnos del coche, Pablo me dijo que al día siguiente él prepararía la escudella. Entonces, pensé en la frase que de pequeña solía decírnos mamá: Sobre todo, hijas, dad siempre las gracias.

Aquel tramo de la autopista no estaba muy iluminado. El alumbrado lateral era pobre. A través del retrovisor, vi como mi madre de vez en cuando abría un ojo. Parecía una fragata. Un ave marina que es capaz de dormir mientras vuela con tan sólo un ojo abierto. Sabía que Blanca había tenido dificultades para conciliar el sueño en las últimas noches. Los nervios, suponía. Todo tenía que quedar bien atado en aquel viaje. Por mi parte, aquel año, después de los desencuentros que habíamos empezado a tener Pablo y yo, la hora de dormir también se me presentaba como algo no deseable. Antes de irme a la cama, podía pasar horas tumbada en el sofá leyendo una guía de pájaros que había comprado recientemente hasta que se me cerraban los ojos. Repasaba los últimos estudios sobre las habilidades sociales y la inteligencia que poseen las aves. Son capaces de chantajear, besar, hacer regalos, fabricar herramientas e incluso espiar.

Mi padre me regaló unos prismáticos cuando tenía nueve años. Recuerdo la primera vez que fuimos a los humedales del Delta del Ebro. Era domingo y nos subimos al coche bien temprano, antes de la salida del sol. En el refugio de aves nos dieron un cuaderno con un listado de aves y teníamos que ir fechando los ejemplares que íbamos observando. Tienes que estar muy atenta y en silencio, Marina. Muy atenta y en silencio, me repetía papá. Allí estaban las elegantes garcetas alimentándose entre las juncias marinas y también se posaban decenas de charranes. Charrán común, anoté mientras nos comíamos un bocadillo de jamón y queso que habíamos llevado envuelto en papel de aluminio. Plumas grises, pico fino y afilado. Mi padre y yo nos pasamos las horas así, atentos a los pájaros. Rodeados de espadañas, levantábamos la vista para contemplar las bandadas en un cielo azul límpido. Al llegar a casa mamá nos preguntó qué habíamos visto. Pájaros, le contesté abriendo los brazos como si fueran alas. Aquel fue el primer día de muchos que acompañaría a mi padre a avistar pájaros hasta que él murió.

Cuando Pablo y yo nos mudamos de piso, aquella vecina de piel rosada y orejas grandes, que en las tardes de verano se pasaba horas en la terraza sentada en una tumbona plegable, se quejó de que instalase un comedero de pájaros. Yo lo había puesto con la intención de atraer a un petirrojo que cada mañana veía revolotear por las macetas, pero ella decía que acudían decenas de tórtolas a destrozarle el jazmín. Eso impidió que nos convirtiéramos en dos vecinas ejemplares de las que se prestan sal y azúcar. Ni tan siquiera sabía a lo que se dedicaba. Su vida no me importaba lo más mínimo. Pero sí es cierto que en los últimos meses su embarazo nos había acercado. No por una cuestión biológica femenina, sino porque su prominente barriga se presentó como un apuntador que me recordaba el texto. Finalmente dio a luz un niño. Y,

a partir de ahí, intercambiamos algunas palabras. Pablo sabía que a mí me provocaba la risa su manera de hablar al bebé, ya que sus gritos traspasaban las paredes del salón. No eran los típicos sonidos candorosos, un chucu chú. Le contaba a su hijo, como si fuese una anciana con sordera, todo lo que iba haciendo: ¡Y ahora despegamos los adhesivos del pañal y te limpiamos bien el culete! En realidad, yo estaba segura de que lo único que pretendía era oírse a sí misma como una madre sobresaliente.

Eva se estiró perezosamente.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En menos de una hora llegaremos al hotel — contesté mirando el reloj digital del tablero, que marcaba las veintitrés y doce.

—Ya avisé que habíamos salido con retraso —dijo.

Apreté el acelerador. La carretera era larga y monótona. El aire parecía sentirse más fresco. Eva encendió la radio. Sonaron las primeras notas de *Revolution*, de The Beatles. Sabrina se despertó y se quitó los auriculares. Apoyó la cabeza en la ventanilla y pegó a ella su mejilla, como queriéndose fundir con el cristal. Después, alzó la vista para mirar el cielo negro y despejado. La calima ya no ocultaba las estrellas, que parpadeaban con constancia. Mi sobrina estuvo un buen rato perdida en sus pensamientos, atrapada en una suerte de ingratidez provocada por el vaivén del vehículo, hasta que se apartó de la ventanilla y sacó de su mochila una vieja cazadora de pana marrón. Al ponérsela, advertí que le quedaba grande. Las mangas le escondían las manos.

—¿Has comprado Cheetos, mamá?

—Pero, ¿qué haces con la chaqueta de tu padre? — dijo Eva al verla. —Ay, Sabrina, a veces te comportas como si se hubiese muerto.

—Tú te lo has cargado —dijo ella.

Eva y yo nos echamos a reír.

En aquel momento pensábamos que Sabrina se había empeñado en convertir los algodones entre los que se estaba criando en zarzas y ortigas, pero nunca hay que subestimar el dolor ajeno.

—No tiene gracia —dijo mi madre, totalmente despierta, mirándome a los ojos a través del retrovisor.

—¿Te tienes que meter con todo, mamá? —le replicó Sabrina a Eva.

—Ponte lo que quieras, hija. Al menos espero que no te dé picores —le contestó ella con retintín—. No he comprado Cheetos. Si te apetece, puedes comer nueces.

Eva rebuscó en la bolsa del supermercado y sacó una bolsa de nueces que Sabrina rechazó.

Salimos de la autopista y tomamos la carretera comarcal hasta Logroño. Atravesamos pueblos con casas de ladrillo y sillería entre los que, de tanto en tanto, se veían almacenes y bodegas. Llegamos al hotel y aparcamos junto a un parque infantil de suelo de caucho, con columpios y toboganes, cercado por un panel publicitario de un vino con denominación de origen.

En la habitación había un armario empotrado y un televisor que colgaba de la pared. Yo la compartía con mi madre, que nada más llegar se acostó quejándose de que las camas eran bajas. Tenía la sensación de dormir a ras de suelo. A pesar de que la estancia iba a ser breve, me entreteve en colocar la pasta de dientes, el cepillo y las cremas en el estante del baño. Luego, me senté en la taza del retrete y le escribí un mensaje de texto a Pablo: Ya estamos en el hotel. Hemos llegado bien.

Cuando me lavaba la cara, Eva golpeó suavemente la puerta con los nudillos. Buscaba a Sabrina. Al salir de la

ducha, no la había encontrado en la habitación y tenía el móvil apagado. Aquí no ha venido, le dije.

Decidimos no despertar a nuestra madre y bajamos al vestíbulo del hotel. Eran casi las dos de la madrugada y allí no había nadie. Entramos luego en el bar a echar un vistazo. Sólo distinguimos figuras adultas que bebían apoyadas en la barra o conversaban animadamente alrededor de un billar. Finalmente, Eva decidió ir a hablar con el recepcionista. Yo salí a una terraza interior que se encontraba a continuación de un salón con sofás y juegos de mesa en las estanterías.

En el centro del patio había una fuente de piedra en la que el agua caía en cascada y borboteara. Entonces, al fondo, junto a unas máquinas expendedoras, vi a Sabrina sentada sobre un congelador con las piernas cruzadas. Llevaba puestas unas gafas de sol y comía atropelladamente una bolsa de Cheetos. Había ganchitos por todo el suelo y tenía las yemas de los dedos cubiertas de partículas de color naranja. Caminé hasta ella y me apoyé en la nevera. Sabrina era alta y flaca. Por un momento pensé que, si no hubiese dejado de fumar, le habría ofrecido un cigarrillo.

—Detesto dormir en una cama que no sea la mía —dije.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque me siento rara.

—Yo me siento rara en todas partes —dijo mientras se quitaba las gafas, que le cubrían unos ojos hinchados.

Durante unos segundos hizo esfuerzos por reprimirse las ganas de llorar. Debía de incomodarle sentir las lágrimas en el borde de los párpados, porque se pasó por ellos el dorso de las manos. Entonces, cuando estaba a punto de dejar ir su tristeza, la abracé y me llegó un fuerte olor a queso. A veces a la sensibilidad también hay que adiestrarla.